

el propio Aristóteles se da el mismo esquema, aunque con mayor rigor. En efecto; parece que en Aristóteles hubiera una distinción entre dos planos: el de la lógica pura y el plano de las valoraciones, que se trataría con preferencia en lo que él llamaba retórica, cuyo instrumento principal no sería el juicio, sino preferentemente el argumento. Los argumentos buscarían la persuasión partiendo de una común opinión, que serviría de base a los tópicos o lugares comunes. Desde estos lugares comunes la persuasión realizaría el acuerdo en el orden racional de los puntos de vista distintos, condicionados por apreciaciones subjetivas diversas. En general, en todo el proceso de la historia de la filosofía ha estado implícito o explícito este deseo de construir una lógica de los juicios de valor. Hoy se abre, como un nuevo campo para los lógicos, aquel mundo desconocido, defendido por Pascal, de las razones que la razón no comprende.—E. T. G.

TIMUR (M.): *Better and the Value-Fundamental*, en «Mind», vol. LXIV, núm. 253, pág. 52-60.

En nuestra vida diaria solemos hacer dos clases de juicios que, por lo común, no distinguimos sin cuidadoso examen: el juicio en que el valor de una cosa está basado en su naturaleza propia, y no depende de que sea, o no, del gusto de nadie (valor objetivo); y el valor fundado en el particular deseo de una persona (valor subjetivo).

Un hecho de la experiencia proporciona al articulista una prueba de que el valor objetivo existe: frecuentemente, el valor que nuestro juicio concede a algo, no varía en la proporción en que lo hace nuestro propio desear a ese objeto valioso. Uno reconoce que una cosa es mejor que otra, aunque uno mismo la desee menos.

En juicios como «el placer es mejor que el dolor»; «la belleza es mejor que la fealdad»; «la sabiduría es mejor que la ignorancia», no están basados sobre el deseo de sujeto concreto, y son verdaderos universalmente.

El problema está en lo que yo quiero significar al decir que el placer, la belleza, la sabiduría, son mejores que el dolor, la fealdad y la ignorancia.

El que en un caso concreto hallemos una cualidad «buena» en una cosa, no

nos permite identificar a la cualidad natural misma.

Pero sucede que cada hombre está habituado a ordenar todo el conjunto de cosas de su experiencia, en un rango de aprecio. Y esta escala de superioridad-inferioridad acompaña a nuestro juicio de relación. Entre el término superior y el inferior hay una diferencia de rango. Dichos términos corresponden a lo que solemos llamar, bien o mal, valor o desvalor.

Hay diferencia de bondad entre cosas buenas. No es lo mismo un bien cualquiera que el bien supremo; y las «cosas malas» tienen algo de buena por su positivo carácter de «cosas».

Las palabras «elevación» y «degradación» se usan cotidianamente para significar situaciones de valor.

Hallamos, en definitiva, que el concepto fundamentante de lo bueno y de lo malo es, precisamente, una cierta situación dada en una escala de excelencia, o sea, la situación superioridad-inferioridad.

Podría oponerse que, lógicamente, lo bueno es antes que lo mejor.

Esto vale cuando se trata del conocimiento lógico (por tanto, subjetivo) del valor. Pero no cuando nos referimos a la existencia de cualesquiera valores objetivos. Objetivamente, «mejor» es una cantidad mayor de cualidad que «bueno».—A. S. de A.

WALHOUT (Donald): *Appearance and Morality*, en «The Review of Metaphysics», vol. IX, núm. 3, págs. 441-454.

El libro de Maurice Mandelbaum, *The Phenomenology of Moral Experience*, 1955, se plantea un problema del mayor interés en el orden ético. Se trata, en concreto, de averiguar en qué medida una descripción exacta de los fenómenos que sirven de contenido a la moral puede ayudar a una teoría de la moral. El autor puede clasificarse, en términos generales, como partidario de la escuela llamada intuicionalista, pero estas clasificaciones nunca son de suyo completamente exactas. Según su punto de vista, el análisis fenomenológico viene a añadir una faceta que completa los análisis epistemológicos, psicológicos y las hipótesis sociales. Lo que pretendo, dice el autor, es lograr una descripción acabada de los rasgos más